



LA CATEDRAL DE SIGÜENZA.

Imposible parece que en el transcurso de diez y siete años que hace se abrieron las páginas del SEMANARIO para que las artes pintaran sus bellezas y las ciencias consignaran sus adelantos, no se haya anticipado alguno á nuestro pensamiento, haciendo la descripción del templo cuya fachada principal ofrecimos á nuestros lectores en uno de los números anteriores (1). Ni su magnificencia, ni su mérito artístico, merecían tan vergonzoso olvido, y sin embargo, ninguno ha contribuido á perpetuar su recuerdo; nosotros vamos á subsanar tan afrentosa falta, y á pagar un tributo de justicia debido á su gran mérito, antes que la acción destructora del tiempo acabe con este, como con tantos otros edificios que desgraciadamente ni aun se conservan en la historia. La vista solo de su fachada principal, y la que se representa en el grabado que ponemos al frente de este artículo, revelan desde luego esa majestuosidad de nuestras célebres catedrales, que justamente han merecido llamar la atención del viajero, sirviendo de modelo á nuestros artistas modernos. Siendo la que nos ocupa una de las cuatro primeras de España que reunían mas pingües rentas, naturalmente debía ser también rica en su fábrica y adornos. La catedral de Sigüenza, ese vivo testimonio de la gloriosa historia de nuestras artes en la edad media, debería verse, porque no es dado al lápiz ni á la pluma producir la emoción grata que se siente cuando por la primera vez se la contempla y admira; cuando damos vista á su magnífico atrio, y la elevamos á la grandeza de sus dos torres, se arroba el alma y se dirige sin pensarlo á la Divinidad. Increíble parece que en una sierra de Castilla y en una ciudad tan humilde, exista un edificio tan notable. El viajero que por casualidad ó por curiosidad la visita, no se arrepiente de haber pisado esa nueva ciudad, fundada por los restos de la inmortal Sagunto, espanto del imperio romano. En la imposibilidad de dar una noticia detallada de esa ciudad llena de recuerdos históricos y de preciosidades artísticas, sin abusar del espacio de que nos es permitido disponer, nos contentaremos con hacer una ligera reseña, y ofrecer á nuestros lectores una de sus vistas principales. Situada en una pendiente colina, solo tiene en llano la moderna y vistosa calle de San Roque, construida, con lo que hoy es convento de Ursulinas, y otros varios edificios magníficos, á espensas del obispo señor Guerra, en los años de 1787 y siguientes. Sus simétricas casas de piedra sillera, tiradas á cordel y con anchas y espaciosas aceras, sobre ser sumamente cómodas, hacen muy buen efecto á la vista; indudablemente el que entra en la ciudad por la parte de Aragón y atraviesa el delicioso y hermosísimo paseo de la Alameda, y esta calle, se forma una idea muy aventajada de este pueblo. Las demás calles son generalmente estrechas y muy pendientes. En invierno la temperatura es sumamente fría, pero en cambio en la época

de verano se respira una brisa fresca que hace agradable el país. Entre los muchos edificios notables que la embellecen y adornan, merece citarse en primer término el colegio de los Infantes, el de San Antonio, la casa de Misericordia, y el castillo ó fortaleza que la domina, y que ha servido de palacio á los obispos de la diócesis por espacio de muchísimos años, hasta que en la pasada guerra sirvió de fuerte, y de resultas quedó inutilizado para el objeto á que antes había estado destinado; pero compuesto y reparado en el año último á espensas del gobierno y del ayuntamiento, ha vuelto á su antiguo destino, y actualmente se halla habitado; una de las torres de esta fortaleza se asegura sirvió de prisión á la reina Doña Blanca, debiéndose á esta circunstancia sin duda que hoy sea conocida con el nombre de la torre de Mari-Blanca. Los lindos paseos, abundantes fuentes, sus jardines y sitios de recreo, su célebre acueducto, asombroso por su inmensa elevación y arrogante construcción, los buenos alimentos, buenas casas, y el franco y honrado carácter de sus naturales, hacen sensible al que ha vivido en ella algun tiempo, el momento de abandonarla. La capital de la provincia no tiene tantos títulos ciertamente á serlo, como esta ciudad; decimos esto no por ser hijos y haber pasado en ella los primeros y mejores días de la vida, ni por el cariño que nos inspira la tierra que guarda los restos queridos de las personas que nos dieran el ser, ni porque nos halague la esperanza de que se repare algun día esta falta, sino porque toca en lo ridículo que una ciudad céntrica, con silla episcopal, con edificios capaces para oficinas, con milicia provincial á que dió nombre en su día, y con tantas otras ventajas sobre la capital, sea subalterna de aquella, contra todo principio de justicia y de conveniencia. Mas insensiblemente nos íbamos alejando de nuestro propósito: nuestros lectores nos dispensarán esta digresión, y anudando el hilo de nuestra tarea, apartaremos por un momento la vista de la ciudad, para fijarla en su hermosa catedral. El frontispicio es uno de los mas majestuosos que presenta la arquitectura de nuestras catedrales antiguas, y si bien es verdad que apenas se notan en esta fachada las bellezas del cincel, como no sea en el medallón de S. Ildefonso, colocado encima de la puerta llamada de los Perdoneos, y algunas grecas de las puertas colaterales, en cambio el conjunto ofrece una magnificencia sorprendente. El año de su fundación se ignora absolutamente, pues aun cuando su primer obispo fué Paulo Sergio, discípulo de S. Pablo, la ocupación posterior de los godos y sarracenos ha envuelto su origen en la mas completa oscuridad, tanto mas, cuanto no habiendo quedado en la reconquista un solo morador, nos falta hasta el recurso de la tradición. Sin embargo, en su construcción se advierten sus diversas épocas, y aunque, según diremos despues, en una lápida sepulcral se nota que el año de su consagración fué el de 1127, en tiempo de D. Alonso VII. La elevación de su nave mayor es de 1488. Su órden es corin-

23 DE MAYO DE 1852.

(1) Véase el número 12 del SEMANARIO.

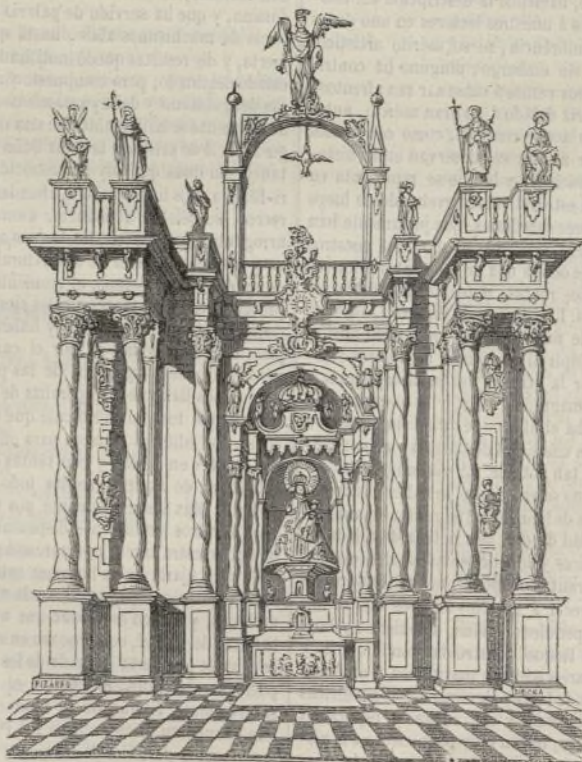


tio, y su bóveda gótica, descansando en 24 columnas medias y enteras, que dividen sus tres naves; su forma es de cruz latina, y su estension de 342 piés de largo por 105 de ancho, y 150 en su crucero. La elevación de la nave del medio es pasmosa, alcanza á 105 piés, es decir, poco mas ó menos que la de Sevilla. La capilla mayor, ese sagrado recinto donde se celebran los divinos oficios, y en donde se hallan sepultados todos los obispos que ha tenido la diócesis, es de una vista encantadora por su magnífica construcción, por su estension, doble que la de Sevilla, por la hermosa luz que recibe por once ventanas góticas que tiene, y por el elegante y majestuoso adorno de terciopelo carmesí con que se cubren sus paredes en cierta época del año. No es menos notable su magnífico retablo, construido en 1613 á espensas del obispo D. fray Mateo de Burgos; es de orden compuesto, participando del dórico y corintio: en su primer término pertenecé al dórico, y en los dos restantes al corintio. Contiene ocho hermosísimos cuadros grandes de esbelto relieve, que representan los misterios mas grandes de nuestra sagrada religion. Los mas notables, á nuestro juicio, sin desconocer por ello el mérito de todos, y los que mas atraen la atención, son el que representa la Transfiguración, casi en tamaño natural, y el del *Ecce homo*, mas pequeño que el anterior, que representa un grupo de judíos, pidiendo con su *tolle tolle* la muerte del Justo. Las demás capillas, aunque bien distribuidas en la estension del templo, se resienten de poca uniformidad, si bien su variedad hermosa. Entre sus cuadros se halla el de Santa Ana dando lección á la Santísima Virgen, tan gracioso y tan encantador como todos los productos de nuestro célebre Murillo, de quien es. La capilla llamada del Jesus está llena de arabescos, y tan magnífica, que difícilmente se hallará otra semejante. La de Santa Librada, patrona de la ciudad, es bastante buena en su conjunto, pero de un mediano dibujo en su escultura y adornos: tendria indudablemente mayor belleza si se hallara colocada en el centro de su frente, y no hiciera ángulo con el sepulcro de D. Fadrique, que la rivaliza. En su retablo, todo de mármol blanco, se conserva guardado en una preciosa urna con tres cerraduras el cuerpo de la santa, y en el lado de la epístola se halla el sepulcro y busto del obispo D. Federico de Portugal, á cuyas espensas se hizo. La del trascoro es de jaspes; compite, si es que no aventaja, á las mejores de todas las iglesias de España; y si se hubiera concluido según el proyecto, superaría á las mas celebradas de los extranjeros. Otra de las capillas, llamada antiguamente de Santo Tomás

Cantuarense, y que hoy se halla dedicada á Sta. Catalina y S. Juan Bautista, fué fundada por D. Fernando de Arce, obispo de Canarias. Lo mas notable que contiene son los diferentes sepulcros de mármol, perfectamente labrados, y los bustos de las personas cuyos restos encierran. A la entrada, á mano izquierda, se halla el sepulcro y busto del fundador, vestido de obispo, y sobre el nicho una inscripción en letra romana, que dice:

FERNANDUS DE ARCE  
PRIOR OXONCENSIS ECCLESIE DEMUN  
EPISCOPUS CANAREIS REGIE MAJESTATUS CONSILIARIUS. OBIT  
ANNO MDXXII.

En el otro lado se ve otro busto de muchísimo mérito, recostado, en aptitud de leer, vestido de militar y con la cruz del hábito de Santiago en el pecho: tiene escrito en letra gótica: «Aquí yace D. Martin Vazquez de Arce, caballero de la orden de Santiago, que mataron los moros socorriendo al muy ilustre señor duque del Infantado, su señor, en la vega de Granada; cobró en la hora su cuerpo Fernando de Arce y lo sepultó en esta capilla. Año de MCCCCLXXXVI, en el que se tomó la ciudad de Loja y las villas de Mora, Motril y Montefrío, en las que se hallaron padre é hijo.» En el lado derecho hay otros varios sepulcros de la familia del fundador, tambien con inscripciones que espresan sus nombres y los años en que murieron; y en el pavimento de la capilla hay otros dos sepulcros unidos, labrados los bustos, armas y adornos con el mejor gusto: contienen los restos de D. Fernando de Arce, comendador de Mantua, y de Doña Catalina de Sosa, su muger, padres del fundador. En este mismo lado derecho se conservan dos banderas, y debajo de ellas se lee en letra muy antigua: «Estas dos banderas se ganaron de los ingleses á cinco dias del mes de junio de 1589, estando sobre la ciudad de Lisboa su campo, por D. Sancho Brabo Arce de Lagunas, caballero de la orden de Alcántara, señor de Molino de la Torre y capitán de caballos por el invictísimo rey Don Felipe, nuestro señor. Segundo de este nombre, y como patron de esta capilla las mandó poner en ella en el año de 1590.» En el interior del templo hay otros varios sepulcros, unos totalmente borradas sus inscripciones, y otros que se leen con dificultad, llamando especialmente la atención por su buena construcción el de D. Bernardo, primer obispo de Sigüenza despues de la restauración, que cercó la ciudad, reedificó



Retablo de Ntra. Sra. de la Mayor.

y bendijo la catedral, é instituyó en ella en el año de 1125 prior y canónigos reglares de San Agustín, siendo sumo pontífice Calisto II, y rey de Castilla y Leon D. Alonso VII. Estando ocupada toda la tierra por los Moros, salió en persona á la guerra, dejando ordenado que si

moria en ella, le sepultaran en la iglesia, como se verificó en el año de 1145. Las demás capillas, exceptuando la de la Purísima Concepción y la llamada de la Mora, que contiene doce preciosos cuadros que representan las Sibilas, no llaman la atención, y en el día no tienen uso.



Dando frente á la puerta principal de los Perdonos, se halla el retablo de Nuestra Señora de la Mayor, que representamos en el grabado. El mal gusto del artista merecería justamente que no nos ocupáramos de su obra, á no ser por sus preciosas columnas de jaspe de una sola pieza, y por el gran mérito que tienen los cuatro evangelistas de bronce, de tamaño natural, colocados en la cornisa. La imagen es antiquísima: se cree que existía antes de la entrada de los sarracenos, y que se conservó oculta mientras ocuparon á España, aunque se ignora el sitio. Tomó el título que lleva de resultas de haberla colocado en el altar mayor de la Iglesia, que acababa de restablecer el referido obispo D. Bernardo, permaneciendo allí muchos años, hasta que el obispo señor Burgo costeó el retablo de la capilla mayor, se la trasladó á la del Jesus, y á muy poco tiempo otro de los obispos, el señor Brabo, mandó construir el retablo que hoy tiene, y se la colocó en él. Sobre todo lo que mas llama la atención y admira en esta basilica es la sacristia mayor, llamada el Sagrario, en la que la arquitectura ha fijado todo el adorno del órden corintio en su bóveda, arcos y cornisas. En la primera, que

es el asombro de cuantos artistas la han visitado, y la mas caprichosa que puede trabajarse, hay mas de cinco mil cabezas primorosamente concluidas, y con la circunstancia particular de no haber dos semejantes: la hizo el arquitecto Antonio de Covarrubias, y es indudable que fué una de sus mejores obras. Dentro de esta sacristia hay una capilla de un gusto esquisito, destinada á conservar infinidad de reliquias; una hermosa cajonería, una fuente, y varios cuadros y crucifijos de marfil perfectamente acabados. En la delicadeza y trabajo del púlpito del Evangelio se agotaron todos los encantos del arte; en vano busca el observador con ansia el nombre del artista para tributar á su memoria el homenaje que reclama su mérito; su nombre se ha sepultado con él, y nuestras investigaciones no han producido resultado. Sus facetas representan la Pasion del Salvador, siendo admirables la belleza y perfeccion de sus formas, y el acierto del buril para dar á aquel cuadro descolorido la animacion y vida que se encuentra en él. Su pensamiento y su ejecucion es un portento del arte, y á juicio de los inteligentes que se han acercado á examinarlo, la mano del hombre no podia hacer



(Vista de la ciudad de Sigüenza, por la parte septentrional.)

mas. Las rejas de la capilla mayor y del coro son tambien magnificas; la sillería de aquel es gótica, de nogal, de variados y vistosos dibujos, distintos unos de otros; el lápiz se niega á seguir las infinitas labores de aquellos encajes de madera; se ignora quién la hizo, y solo se sabe que la costeó el cardenal Mendoza, y que se sentó en ella algun dia el cardenal Gimenez de Cisneros. El claustro cerrado que da paso á oficinas dependientes de la catedral es tambien gótico y de mucho mérito; incrustados en sus paredes se cuentan infinidad de nichos; en medio tiene un delicioso jardin; la bóveda es magnífica, y el pavimento de piedra de sillería perfectamente labrada. La fachada y puerta del Mercado, que va al frente del artículo, y la arboleda que en estos últimos años se ha planteado, presentan una vista encantadora; en la zanja que se abrió al intento se han encontrado varias lápidas sepulcrales labradas con bastante cuidado, infiriéndose de ellas, y de las noticias que se conservan en el archivo, que aquel sitio en lo antiguo estaba destinado á tumbas de los caballeros: una moneda que tambien se ha sacado es del año de 1500. La torre llamada del Santísimo, que se ve en la lámina á la derecha de la puerta del Mercado, tiene de elevacion 186 piés; de resultas de un terremoto quedó algo desnivelada y torcida, habiendo tenido necesidad de ponerla unos fuertes cruceros de hierro que la atraviesan y dan toda la seguridad que debió perder entonces; en el dia no tiene otro uso que avisar oportunamente á los campaneros de una de las otras dos torres el momento solemne en que el sacerdote eleva la hostia consagrada á la adoracion de los fieles: la torre principal repite la señal, y los habitantes suspenden sus labores por los momentos que dura el misterio que se está operando. Seria interminable este artículo si nos detuviéramos á reseñar la sala capitular, sus cuadros, el nuevo cementerio, su riqueza en estatuas, custodia, ornamentos, y otras muchísimas preciosidades que encierra este soberbio edificio, cuando no bastarian semanas para verlo y admirarlo.

Nuestro propósito era solamente dar una breve noticia de este suntuoso templo, que seguramente es uno de los principales de España; era tambien una necesidad salvarlo de la mano asoladora que pudiera destruirlo, trasladándolo al SEMANARIO para que le recoja y guarde la historia como una bella creacion de las artes. Los que sin alejarse de nuestro suelo viajan por conocerlas, no deben olvidarse de visitar la catedral de Sigüenza, con seguridad de encontrar en ella prodigios y preciosidades que no hallarian tal vez en otros paises.

FRANCISCO GARCIA SOMOLINOS.

## TEATRO DE BELMONTE.

Con LUIS BERMUDEZ BELMONTE, poeta famoso en el primer tercio del siglo XVII, sucede lo que con D. Guillen de Castro, que nadie hablaría hoy de ellos ni serian apenas conocidos, á no ser por una de sus producciones dramáticas, que salvando el trascurso de los tiempos y las alteraciones del gusto, han llegado hasta nuestros dias envueltos en una gran popularidad, y como muestras únicas del talento de sus autores.

En el artículo que consagramos á Guillen de Castro, llamábamos la atencion de los eruditos hácia el desconocido repertorio del autor de *Las mocedades del Cid*; hoy nos cumple consignar igual deber respecto del no menos raro y descuidado de BERMUDEZ BELMONTE, á cuya festiva y discreta pluma se atribuye con fundamento el drama tan popular aun hoy en nuestra escena, que lleva por títulos *El mayor contrario amigo y diablo predicador*.

La ingratitud y el desden que parecen haber pesado especialmente



sobre la memoria de este autor, no solo ha hecho rarísimos los ejemplares de la mayor parte de sus piezas dramáticas, hasta el punto de que solo hoy conocemos una media docena de ellas, sino que aun la ya citada, tan repetida y llena de aplausos, le ha sido disputada, y atribuida unas veces á un N. Bermúdez (que era el primer apellido de BELMONTE), otras á un padre Damian Cornejo (que no sabemos quién fuera ni si existió), otras á D. Francisco Malaspina (que escribió otra con el mismo título), y las mas, en las numerosas reimpresiones que de ella se han hecho, ha salido anónima bajo el epigrafe de Un ingenio de esta corte.—Sin embargo de todo, la opinion general, fundada en razones dignas de crédito, la coloca hoy indisputablemente entre las comedias de BELMONTE, del discreto escritor de quien decia Montalvan «que habia continuado muchos años el escribirlas y acertarlas (que en el todo es uno), siendo en las veras heróico y en las burlas sazoadisimo.»

Sin duda lo atrevido del argumento de la comedia de *El diablo predicador*, y el desenfado y libertad de alguno de los caracteres en ella trazados, dieron causa á BELMONTE para encubrirse en el anónimo, previendo tal vez la prohibicion ó censura que dos siglos despues habia de sufrir; pero es lo cierto que durante todo el siglo XVII y el XVIII nadie descubrió en ella intenciones solapadas ni objeto pecaminoso, antes bien era mirada bajo el aspecto de una comedia religiosa, una especie de auto sacramental en que se encerraba nada menos que el apoteosis de la orden de San Francisco y de la caridad cristiana: todo el público aplaudia el original pensamiento del demonio, convertido por la voluntad divina en fraile predicador y catequista; todo el mundo simpatizaba con la donosa y grotesca figura del lego fray Antolin, sin sospechar que pudiera envolver la mas mínima intencion de ridiculizar con sus acciones y su estilo cómico la misma venerada institucion que el autor se proponia enaltecer.—Pero vinieron tiempos en que la suspicacia intolerante de ciertas clases, entonces prepotentes, se apercihió de la malicia que debia envolver sin duda aquella epigrámatica figura, y la comedia fué prohibida, y el pobre Antolin señalado con el anatema que nunca habia soñado merecer. Su popularidad sin embargo fué en aumento á pesar de esta prohibicion, y tal vez á causa de ella, y cuando la actual generacion la ha vuelto á ver aparecer en la escena con su rústico desaliño, con sus chistosas salidas, sus instintos carnales y su franca locuacidad, le ha recibido con toda la simpatia que aun en los sugetos menos dignos suele escitar una persecucion infundada.

No entraremos en el análisis de esta señalada produccion, ni tampoco ofreceremos muestras de su estilo, porque siendo tan generalmente conocida, seria trabajo escusado, y si solo diremos que su original pensamiento y su atrevido desempeño, dan derecho á BELMONTE para ocupar un puesto entre los notables escritores de nuestro teatro, y nos han impulsado mas de una vez á buscar en las demás obras de su pluma nuevas pruebas de su original invencion, su ingenio y su festivo estilo.

Por desgracia nuestras investigaciones han sido infructuosas para obtener el conjunto de su rarísimo repertorio, y solo por las comedias tituladas *El principe villano*, *La renegada de Valladolid*, *El afunador de Utrera* y *El Principe perseguido*, únicas que hemos alcanzado á ver, podemos juzgar hasta qué punto fué merecida la fama y popularidad de BELMONTE en sus dias, y hasta dónde parece justo el olvido en que despues vino á caer. Igualmente deducimos de este exámen comparativo, que es el verdadero género á que su pluma era inclinada, y en él habremos de juzgarle, desentendiéndonos de las cualidades negativas que observamos para los otros.

La comedia, por ejemplo, que lleva por título *El principe villano*, y que por su argumento y estilo pertenece al genero heróico, nos demuestra claramente que no era por aquel camino por donde la musa de BELMONTE era llamada á marchar con desembarazo. Su oscura y complicada accion, sus amanerados caracteres, su estilo hinchado é hiperbólico, distan seguramente mucho de tener el valor que los mismos viciados modelos que sin duda se propuso imitar, y no merece ciertamente los honores del análisis y la critica; y si hemos de juzgar por la muestra, suponemos que lo mismo sucederá con los dramas de iguales pretensiones de *El gran Jorge Castriotto*, *Los trabajos de Ulises*, *Las siete estrellas de Francia*, *El Triunvirato de Roma*, etc.—Pero en el de *La renegada de Valladolid* (comedia que envuelve un pensamiento religioso en un argumento mundano), hallamos ingenio, originalidad y filosofia: hay maestria en la pintura de los caracteres, y grande analogia entre ellos y su estilo con los de *El diablo predicador*. Por último, en la de *El principe perseguido* (cuya segunda jornada pertenece indudablemente al autor de aquella célebre comedia) se revela tan á las claras el genio cómico y epigrámatico de BELMONTE, lo sazonado de sus burlas (segun la espresion de Montalvan), que hay motivos para creer que en el resto de las comedias que hoy no conocemos, campearia de preferencia la gracia y el donaire que engalanan las ya citadas, y que parecen brotar naturalmente de su pluma.

Aun en la primera ya citada de *El principe villano*, entre el os-

curo laberinto de sus escenas y el alambicado estilo de sus pensamientos, despunta siempre el sazonado chiste del autor, en boca del gracioso Perejil, como cuando prorrumpe en el breve y discreto cuento ó epigrama que no queremos dejar de recoger.

Robáronle á Anton Llorente  
su pollino: él con desvelo  
hizo plegarias al cielo  
mas humilde que impaciente;  
pero viendo que el que aguarda  
alcanza su gusto tibio,  
vino á tomar por alivio  
consolarse con la albarda.

Aun es mas donairoso y decidior el criado Naranjo de *La renegada de Valladolid*, y de este se puede decir como del de fray Antolin, que ocupa toda la escena y cautiva constantemente la atencion y la risa del espectador, desde que sale la primera vez diciendo:

Yo, mi señor capitán,  
si el traje no lo embaraza,  
quisiera sentar la plaza  
aunque fuese en la del pan, etc.

Pero de sus muchos chistes y continuado gracejo, solo queremos tomar un cuento, que es sin duda de los mejores puestos en boca de nuestros graciosos. Dice pues así:

Pleiteaban ciertos curas  
de San Miguel y Santa Ana,  
probando el uno y el otro  
la antigüedad de su casa.  
Y el de San Miguel un dia,  
que acaso se paseaba  
por el corral de la iglesia,  
descubrió mohosa y parda  
una losa, y ciertas letras  
que gastó tiempo en limpiarlas.  
Dicen: *Por aquí selim*;  
partió como un rayo á casa  
del obispo, y dijo á voces:  
Mi justicia está muy llana,  
ilustrísimo señor;  
esta piedra era la entrada  
de alguna cueva por donde  
el moro Selim entraba  
para guardar los despojos  
en la pérdida de España.  
Quedó confuso el obispo;  
pero el cura de Santa Ana  
que estaba presente, dijo:  
Vamos á ver dónde estaba  
esa piedra tan morisca  
que tan castellano habla.  
Fuéronse los dos, y entrando  
á la misma parte, hallan  
rompida otra media losa,  
y que juntándolas ambas  
dicen: *Por aquí se lim-pian  
las letrinas de esta casa.*

Donde se revela en fin cumplidamente el ingenio travieso, el donoso estilo del creador del lego fray Antolin, es en la amena pintura de la vida frailesca, que dejó consignada en la jornada segunda de *El principe perseguido*, comedia en que BELMONTE trabajó, segun Fajardo, con Martinez y Moreto, y que corre impresa con el anónimo de tres ingenios. Hé aqui esta graciosa escena entre el principe de Moscovia, Demetrio, y el criado Pepino, ocultos y disfrazados de religiosos:

PEPINO..... Padre, este cuarto al momento  
manda barrer el guardián,  
que diz que esperando están  
á un principe en el convento.  
DEMETRIO... Deme la escoba, fray Pablo.  
PEP..... Tome su escoba, fray Pedro.  
DEMET..... Esto á mi grandeza medro.  
PEP..... ¿No se rie de esto el diablo?  
DEMET..... ¿De qué quieres que se ria?  
¿De ver que es á mi persona  
tan fácil esta corona  
y me desvela la mia?



PEP..... Dices bien, que es purgatorio  
toda dicha comparada  
á la de un fraile, cifrada  
desde el coro al refitorio.  
Tras gastar aquí á pasajes  
la mañana en parabienes  
de antifonas y de amenes  
que hacen mas hambre que pajes.  
Sin cuidar de otras marañas  
cada cual su paso inclina  
al olor de una cocina  
que penetra las entrañas.  
Entra al refitorio, y mira  
mesa puesta sin afán,  
servilleta, fruta, pan,  
un tazón que ámbra respira;  
mandando el refitolero  
diez legos arremangados,  
cuatro gatos diputados  
con mas lomos que un carnero,  
va andando la tabla llena,  
y pone cada varón  
las manos en su ración  
y los ojos en la agena.  
Luego empiezan los cuchillos  
en los platos la armonía,  
y la fuerte ferrería  
de mascar á dos carrillos.  
Solo se oyen placenteros  
chiqui chaques de quijadas,  
que hay runfla de dentelladas  
que parecen caldereros;  
y entre el sonoro ejercicio  
que al bajar y subir crecen  
tantas manos, que parecen  
los cazos del Artificio;  
prorrumpe un fraile: «A obediencia  
nos obliga este instituto;  
y al son de aquel estatuto  
hacen todos penitencia.  
Luego andan dos frailecillos  
llevando con manos diestras  
candeales en unas cestas,  
molletes en los carrillos;  
dos legos á jarrear,  
vertiendo sangre de hinchadas  
las caras, como tajadas  
de carnero á medio asar;  
comen, y de dos en dos  
á quien se lo da alabando,  
salen tosiendo y rezando  
en honra y gloria de Dios.  
DEMET..... ¡Cómo luego tu ignorancia  
fué á la materialidad,  
pues entre tanta abundancia  
puso la felicidad  
en la menor importancia!  
¡Hay vida de tanta suerte  
como esta, en que á la partida  
vuelve el rostro el varón fuerte  
y se encuentra con la muerte  
sin que le asuste la vida?  
¡Sirven demás á un Señor  
los reinos y los estados,  
que al buscarlos, dé sudor,  
al tenerlos, dé cuidados,  
y al perderlos, dé dolor?  
Nadie se compare pues  
á quien vive en este estado;  
pues aunque pobres los ves,  
están mirando á sus piés  
todo lo que han despreciado.

Véase con qué delicado ingenio y piadosa intención opone el autor esta bella réplica del príncipe á la satírica pintura del gracioso, como para borrar la impresión que sin duda había de haber causado en el ánimo del espectador; que es el mismo sistema que sigue en *El diablo predicador*, donde á vueltas de los festivos y atrevidos arranques del lego, coloca siempre, como para servirle de contraste, las ideas mas elevadas de religión y de sana moral, las únicas, sin duda, que ani-

maban á BELMONTE y los demás autores que, con mas ó menos desenfado, trataron estos asuntos en nuestro antiguo teatro.

R. DE M. ROMANOS.

## COMEDIAS

DE LUIS BELMONTE.

Acierto (el) en el engaño.  
Afanador (el) de Utrera.  
Amor y honor.  
Conde (el) de Fuentes en Lisboa.  
Casarse sin hablarse.  
Darles con la entretenida.  
Desposado (el) por fuerza.  
Diablo (el) predicador, y Mayor contrario amigo.  
En riesgos luce el amor.  
Fiar de Dios, ó San Plácido.  
Fiestas (las) de los mártires: auto.  
Gran (el) Jorge Castriotto.  
Hazañas (las) de Don García de Mendoza.  
Hamete (el) de Toledo.  
Hortelano (el) de Tordesillas.  
Legado (el) mártir: auto.  
Mejor (el) testigo el muerto, y Fortunas de Don Juan de Castro.  
(Con Roxas y Calderon.)  
Mejor (el) tutor es Dios.  
Príncipe (el) perseguido. (Con Martinez y Moreto.)  
Príncipe (el) villano.  
Renegada (la) de Valladolid.  
Robador (el) de su honra.  
Sancha la Bermeja.  
Siete (las) estrellas de Francia, ó San Bruno.  
Satisfecho (el).  
Trabajos (los) de Ulises.  
Tres (los) señores del mundo, ó triunvirato de Roma.

## LA OREJA DE LUCIFER,

CUENTO POPULAR ANDALUZ

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

(Fernan).—Vamos, tío Romance, cuénteme V. un cuento.

(Tío Romance).—Qué, señor D. Fernan, si los que yo sé no son mas que mormajos.

(Fernan).—No le hace, sepa V. que á los madrileños les gustan los cuentos andaluces y me dicen que se los escriba.

(Tío Romance).—¿Y qué, lo que le cuento á su mercé va á ser imprentado? ¡Ay qué gracia! Vea V., yo que pensaba que aquellas gentes tan *estirazadas*, que todas van á escuela de principios, no les habia de gustar mas que la *latinidad*. Pero anda con Dios, yo he de hacer lo que su mercé me mande, que el que te favorece te ayuda á vivir, y es deuda agradecer, que el que no es agradecido no es bien nacido. Yo iré relatando, su mercé irá apuntando y le quitará á la relacion mia los *escuajos* y barbaridades que diga yo, la pondrá repulida como cosa de imprenta, y podrá su mercé escribir á aquellos usias: «Entre mi oficial y yo hicimos este retablo; si está bueno lo hice yo, y mi oficial si está malo.» ¿Quiere su mercé un cuento de encantamiento?

(Fernan).—El primero que se le venga á las mientes, y si V. lo inventa, mejor.

(Tío Romance).—Qué, señor, yo no sé inventar; eso de inventar son rayos que se vienen al sentido, y yo tengo el sentido tupido, señor D. Fernan; así, le contaré un cuento que sé desde que me salieron los dientes, y ya se me han caído, con que vea su mercé la fecha que trae.

(Fernan).—Mejor, los cuentos son como el vino, mientras mas viejos mas valen.

Pues señor, habia una vez un mercader muy rico que tenia un hijo que era un sol. Lo crió como si fuese hijo de un rey; le enseñó de todo como si se fuese á ordenar, y los ejercicios de caballero en que salió muy amaestrado. Habiase hecho un mozo muy bien plantado, muy jaque, muy bien empattillado, y guapo como no otro.

Un día le dijo á su padre que aquel lugar le venia angosto, que no se hallaba y que queria irse.

—¿Y dónde quieres ir? le preguntó su padre.

—A ver mundo, contestó el hijo.

—Estás como el cigarrón, dijo el mercader, que salta y no sabe dónde. ¿Cómo has de irte por esos mundos sin *conocencias*?



—Padre, quien tiene arte va por todas partes, respondió el hijo; y como el padre había dejado criar muchas alas al pollo para poder retenerlo, cogió este sus armas, un caballo de los de punta, y echó á andar por esos mundos.

Al cabo de tres días que anduvo por breñales y matuleras, se halló con un hombre que llevaba áuestas una carga de tarama, como dos veces la que puede cargar una carreta, como que pesaba ciento cincuenta arrobas.

—Hombre, le dijo el caballero, cargas mas que un mulo matriz; ¿cómo te llamas?

—Me llamo Carguin, cargon, hijo del buen cargador, respondió el hombre.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Así fuera su mercé para llevarme como yo para irme, respondió Carguin.

Se apellaron, pues, y siguieron su camino.

Al cabo de una hora hallaron á un hombre que estaba soplando á dos carrillos, echando mas aire que los fuelles de la fragua de *Bucano*, que dicen fué un herrero gigante de los sonados.

—¿Qué haces ahí? le preguntó el caballero.

—Calle su mercé, contestó el hombre, que no puedo dejar de soplar, porque estoy haciendo moler con mi soplo cuarenta y cinco molinos.

—¿Y cómo te llamas?

—Soplin, soplon, hijo del buen soplador, contestó el hombre.

—Te quieres venir conmigo?

—Sí que me voy, respondió Soplin, que estoy harto de soplar cuantos días echa Dios al mundo.

Mas allá se hallaron á un hombre que estaba en acecho.

—¿Qué haces ahí? le preguntó el caballero.

—Aquí estoy en acecho, á ver cuándo oigo salir del mar una bandada de mosquitos.

—Hombre! si el mar está á cien leguas.

—Y qué, si los oigo.

—Y cómo te llamas?

—Oin, oídon, hijo del buen oídon.

—Te quieres venir conmigo?

—Sí que me voy, que me ha hecho su mercé gracia; ya avisarán los mosquitos su llegada.

Echaron pues los cuatro á andar en amor y compañía, y llegaron á la vista de un castillo tan mustio, solitario y encapotado, que mas que vivienda de vivos, parecia sepultura de difuntos.

Conforme se acercaban se iba ahogando el cielo, de manera que cuando llegaron, estalló una tormenta de truenos y relámpagos, con unos aguaceros, que cada gota de lluvia parecia en el tamaño y el sonsonete un cascabel.

—Pierda su mercé cuidado, mi amo, dijo Soplin, que ahora verá dónde va la tormenta; y poniéndose en seguida á soplar, echaron á correr las nubes, los truenos y los relámpagos por esos cielos tan desatinadamente, que al verlos se quedó bizco el sol y la luna con la boca abierta.

Mas no fué esto lo peor, sino que cuando llegaron al castillo se hallaron que no tenia puerta, ni entrada, ni postigo, pero ni señal.

—Bien le dije á su mercé, dijo Oin que llevaba mas miedo que vergüenza, que ese castillo mal encarado, era solo para nido de urracas y aposentadero de mochueros.

—Pero yo estoy fatigado y quiero descansar, le respondió el caballero.

—Pierda su mercé cuidado, dijo Carguin, que trajo en seguida un peñasco que arrimó al muro del castillo, y entraron por una ventana.

En las salas aquellas se hallaron unas mesas puestas con unos manjares de los famosos; sus licores, sus alcarrazas de agua, sus aceitunas y un pan como unas hostias.

Después que se hartaron de comer hasta que no pudieron mas, quiso el caballero registrar el castillo.

—Señor, dijo Oin, para meterse en casas ajenas es necesario tener conocencia para que no digan: ¿dónde va este bolo?

—Qué! dijo Carguin, acá no llevamos malos fines; y al que anda de-recho, ¿quién le echa el arado atrás?

—Vámonos de aquí, mi amo, dijo Oin, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo; este castillo no está en gracia de Dios, y mire su mercé que debajo de tierra oigo ruidos que suenan como lamentos.

Pero el caballero no atendió á Oin, sino que echó á andar, seguido de sus criados, y se metieron por aquellos aposentos, corredores y pasadizos, que estaban todos mas intrincados que si los hubiese labrado un escribano, hasta que por fin vinieron á dar en un patio como una plaza de toros. Apenas entraron, cuando les salió al encuentro una serpiente de siete cabezas á cual mas fiera, con siete lenguas que parecían lanzas, y catorce ojos que parecían dardos. Carguin, Soplin y Oin, mas asombrados que rata que sale de vallado, echaron á correr que se desahaban; pero el caballero, que era valiente como un Cid y esforzado como un Bernardo, sacó su espada, y con cuatro tajos y cuatro reve-

ses, le cortó á la serpiente sus siete cabezas en un decir tilin; la mayor de las siete, después de mirar al caballero con sus fieros ojos que echafuego y sangre, saltó en medio del patio, en el que se abrió un hoyo por ban donde coló.

Volviéron entonces á las voces del caballero los tres que habían huido, y se quedaron asombrados de la guapeza de su amo.

—Sabad, les dijo este mirando el agujero por el que había colado la cabeza de la serpiente, al que no se le veía el fin; sabed que ahora vamos al campo por hojas de palma y esparto, para hacer un hicar tan largo que alcance al fondo de este pozo.

Así sucedió, y estuvieron los cuatro cuatro años haciendo sogas. Al cabo de este tiempo alcanzó por fin á dar en lo firme, y su amo le dijo á Oin que se descolgase por la soga, para que viese lo que había allí abajo y se lo viniese á relatar. Pero Oin se plantó sobre sus sostenes como palma barranquera que nada meneas, y le dijo que solo hecho pedazos bajaría.

El caballero le dijo entonces á Soplin que bajase; este se ató la soga al cuerpo, y empezó á descender de noche y de día hasta que llegó abajo. Allí se encontró con un palacio de los mas famosos, y en una cama recostada á la princesa de Nápoles, llorando por su cara abajo cada lagrimon como un garbanzo; esta le contó que Lucifer se había enamorado de ella, y la tenía allí presa y encantada hasta que se presentase alguno que la quisiese salvar, para lo cual tendria que batirse con él y vencerlo. Pues ya se halló el que va á acometer la empresa, dijo Soplin tomando resuello, y no bien lo hubo hecho, cuando se apareció Lucifer en propia persona. Al verlo fué tal el espanto de Soplin, que echó á huir y se encaramó sobre una puerta. Lucifer con su gran rabo le dió á la puerta un rabizazo que la desgizó y cayó al suelo con Soplin, á quien quebró una pierna.

Dejemos á Soplin con esta biela, y vamos al caballero, que viendo que no volvía á aparecer, le preguntó á Oin lo que sucedía allí en las entrañas de la tierra, y Oin se lo dijo todo, y cómo estaba oyendo á Soplin que se quejaba de una pierna que tenía rota. Envió entonces el caballero á Carguin, que le aseguró que cargaría con Lucifer, y se lo traería aunque pesase mas que todo el plomo de la sierra Almagrera; pero punto por punto le sucedió á Carguin lo que á Soplin, solo que al caer fué un brazo el que se rompió.

—Allá voy yo, dijo el caballero cuando Oin le relató lo que oía, y al llegar al palacio y al ver á la princesa de Nápoles, quedó tan enamorado de su gran belleza, que se preparó con redoblados bríos al combate con Lucifer.

—Cristianos! combate como sostuvieron el buen caballero y el maldecido de Lucifer, no se ha visto por el mundo; ya! cómo se había de ver, si para combatir por acá arriba no viene nunca ese condenado á cara descubierta sino disfrazado en vicios. Mas el caballero se persignó, y como todo el que á Dios se encomienda vence á Lucifer, pudo mas el caballero, y le cortó una oreja.

—¿Cómo se quedaría Lucifer al ver su oreja en manos de un cristiano! déjolo á la consideracion del que me escuche. Los bramidos que daba hacían pegar á Oin cada repulso y dar cada salto, que parecia picado de tarántula.

—¿Dame mi oreja! gritaba Lucifer con una voz que parecia una bocina.

—Si la quieres, le dijo el caballero, ha de ser dándome por ella un buen rescate, como poderoso que eres, compadre Lucifer; que ganada la tengo en buen combate, como leal, y así pongo tres condiciones que has de cumplir.

—Atrevido, insolente, envalentonado, dijo Lucifer.

—Sí, echa por esa boca, respondió el caballero, pero te advierto que voy á meter tu oreja en salmuera y á enseñarla por dinero.

Lucifer pataleaba; ¿pues qué quieres mal nacido, mal criado y mal medrado? le dijo.

—Que pongas á esa noble princesa en su reino y en su palacio sobre la marcha; respondió el caballero.

Lucifer no tuvo mas que apencar, puso á la princesa en su real palacio, y en seguida dijo al caballero:

—Dame mi oreja.

—Ahora, respondió este, es preciso que me traspongas á la gran corte de Nápoles con mis tres criados, y que allí me tengas prevenido un albergue y un séquito regio, como compete á tu vencedor.

—No me dá gana, dijo Lucifer, que te diviertas y triunfes á espensas mías, so hampon.

—Pues á son de trompa voy á publicar, dijo el caballero, que te falta una oreja; veremos entonces cómo te disfrazas de escribano, abogado, usurero, de lechuzo ó de enamorado siu que te conozcan sobre la marcha.

—Dame mi oreja, gritó trinando Lucifer después que hubo hecho lo que pedía el caballero, poniéndolo en Nápoles con muchos dineros y muchos trenes.

—Ahí la tienes, le respondió este, no la quiero, que huele á azufre:



pero falta que cumplas una de las tres condiciones que te puse.

—¿Cuál es, bribonazo macarónico?

—No te la quiero decir por ahora; entre tanto ten paciencia, que si á tí no te ha de servir para ganar al cielo, te servirá para rescatar tu oreja.

Lucifer se puso hecho un veneno: eres, le dijo á su vencedor, siete veces mas malo que yo; ¡por vía de Napoleón! mas picardías se ven en la tierra que en el infierno; pero tú te acordarás de mí; te lo juro por mi rabo y por mis cuernos, y Lucifer se fué tirándose de su sola oreja, por ver cómo lo traía un cristiano guason.

Pues vamos á que cuando la princesa vió al caballero tan bien pateado y con tanto boato, lo reconoció y le dijo á su padre que era su salvador, y que lo que quería era casarse con él, lo que sucedió; y yo fui y vine y no me dieron nada, bien que no me echaron de ver; porque me escurrió, teniendo presente aquello de á boda ni bautizado, no vayas sin ser llamado.

(Fernan).—Tío Romance, ¿y qué, se quedó Lucifer con una sola oreja?

(Tío Romance).—No señor, no señor, allá voy, que no soy escopeta. Lucifer emberrenchinado dió una vuelta por el mundo, y es fama que todo lo trastornó y volvió patas arriba.

(Fernan).—¿Y no sabe V. lo que hizo, tío Romance?

(Tío Romance).—Yo no señor, que yo no se leer, y así no leo gacetas que todo lo parlan, y solo me sé lo que cantan los ciegos.

(Fernan).—Pues yo se lo referiré, que impuesto estoy de ello, tío Romance. Lo primero que hizo fué inventar los caminos de hierro para ir mas de prisa; hizo y esparció el cólera, sistemas con uñas y garras como las suyas; fundó un ciento de periódicos, y compuso novelas tan largas como su rabo. Por todas partes hundió adarves y levantó maldades. La emprendió con el pobre del padre Quieto, que no halló el infeliz donde reclinarse su cabeza. Alborotó el cotarro en Alemania, Portugal é Italia, donde hicieron subir á Pasquin al Capitolio. A la Hungría dió un tabardillo, y ella se lo dió al Austria. Dió á la pobre Francia una calentura republicana con convulsiones, espasmos y accesos de frenesí, hasta que cayó inerte. A Inglaterra inoculó una hidrofobia protestante espantosa, lo que dió al diablo tal alegría, que casi se consoló de la pérdida de su oreja.

De la arcádica Suiza hizo un feroz matamoros, que trocó el nombre de su Montblanc por el de Montrouge, y en un acceso de sublime filantropía quitó sus rentas al monasterio de San Bernardo.

En España introdujo una sed hidrópica de empleos, que hubo mayorazgo que abandonó sus dictados y casa solariega por meterse á portero de una oficina de desvinculación.

En Asia los Shiks, los Sinds, los Burmes, los Afgars y los elefantes gritaron á son de trompa: *la India es nuestra*, y los hijos del reino poco unido, respondieron á cañonazos: *la propiedad es un robo*.

En Africa infundió á los cafres tal espíritu bélico y perseguidor, que se pusieron á dar caza con igual encarnizamiento á las girafas y á los ingleses, á los kangurus y á los escoceses, tratando de vender á los que cogían, á cambio de hierro viejo ó cuentas de cristal. Al general Smith no lo querían dar por menos de un espejito.

En América hizo brotar unos activos conatos de piratería, los que no habiendo tenido el apetecido resultado, para desahogar su actividad los acometidos hicieron un vapor, de que fué padrino Lucifer, de cabida de diez mil hombres, cuya caldera solo podía llenar la catarata del Niágara.

En Turquía la puerta dió portazos.

En Marruecos perdió el emperador la batalla de Isli; y no fué eso lo peor, sino que en ella perdió su parasol.

En China (¿quien lo diría?) no fué parte el opio á adormecer los impulsos guerreros que inspiró Lucifer á sus sabios sentenciosos y pacíficos habitantes, que trocaron lo celeste de su imperio con el rojo de la guerra civil.

En Atenas, donde enseñaron Sócrates y Platon filosofía, enseñó D. Pacífico el derecho de gente de Mister Bull.

Hubo en los floridos Trópicos casas de hierro, y en el nebuloso y frío país del *spleen* un palacio de cristal, cuya hada fué la industria, que mandó á las demás hadas que fuesen á hilar, y que no perdiesen su tiempo como casquivanas.

(Tío Romance).—¿Jesus, señor D. Fernan, ¡qué está su mercé ahí diciendo! ¿todo eso hizo ese remaldito? mire su mercé que eso no lo sabía yo; pero me lo malicié. ¡Y todo eso por verse ese enemigo de Lucifer sin una oreja! ¡por una oreja, vea V! cuando tantos hay que darian las dos suyas hoy en día por seis maravedis.

(Fernan).—Así pues, tío Romance, si en su cuento de V. acaba Lucifer por recobrar su oreja, conléyalo V. cuanto antes, porque entre tanto estoy con una zozobra que no puedo parar.

(Tío Romance).—Pues á ello, mi amo, que ya que á Dios se dé lo que es de Dios y al rey lo que es del rey, dese al diablo lo que es del diablo. Pues señor, sabrá su mercé cómo despues de comerse el pan de la

boda, se llevaban la princesa y el caballero como perros y gatos, porque como la muger habia estado tanto tiempo en poder de Lucifer, tenia un genio bragado y pintado por el lomo, que solo el demonio la podia aguantar. Así fué que cuando al cabo de algun tiempo se volvió á presentar Lucifer pidiendo su oreja, le dijo el caballero:

—Bien, te la daré; pero sabes que te queda que cumplirme la tercera condicion que te impuse por su rescate.

—Picaro, truhan, dijo Lucifer, me habias de condenar si ya no lo estuviese. ¿Y cuál es esa condicion, perverso?

—La de que cargues tambien con mi muger, respondió el caballero, pues sois tal para cual, Pedro para Juan.

## EL TIO SAN PEDRO.

CHASCARRILLO.

Habia en Sanlúcar de Barrameda una hermandad de San Pedro, que pensó en hacerle al santo en su día una funcion de las buenas. Aviaron de un todo la iglesia, que pusieron como nueva; compraron la cera y apalabraron al predicador, á los cantores y á los músicos.

Estando la vispera vistiendo al santo, cate V. que se les cae de las manos y se hace pedazos, incluso el gallo, que se le quebró una pata y que se descrestó.

¡Aquí de los apuros! ¿qué se hacia? los hermanos estaban cuajados, ahilados, de manera que si se les hubiese puesto un papel en la boca se ahogaban. El hermano mayor, al que no se le iban las marchanas, propuso que se llamase á un zapatero de viejo, que por su perfecta semejanza con el santo, le habian puesto por nombre tío San Pedro, para que durante la funcion, vestido con la ropa del santo, ocupase su puesto en el altar mayor.

Cuando se lo propusieron al buen zapatero dijo que nones, porque mientras estuviese él llorando en el lugar del santo, no habia este de estar en el suyo remendando los zapatos que tenia que entregar.

Al fin, por una onza que le ofrecieron se convino; lo vistieron y lo colocaron en el camarín, y era tal la identidad, que cuando acudió la gente á la funcion, nadie se pensó que el San Pedro de aquel año fuese de carne y hueso, y menos de que á cada uno de por sí le hubiese remendado los zapatos que llevaba puestos.

Todo fué bien al principio; pero poco á poco se iba cansando el tío San Pedro de estar en la misma positura; dábanle unas fatigas y unos mareos, que veia al predicador y al púlpito boca abajo, y no digo nada, cuando en el sermon, que acertó á ser muy largo, se le fué al predicador el santo al cielo y se atajó en el paso en que canta el gallo. Al tío San Pedro un sudor se le iba y otro se le venia. «Sí, hermanos, no lo dudeis, decia y volvía á decir el predicador, el gallo cantó.» Y V. cuándo acabará de cantar, que es V. mas cansado que un rano, le gritó el tío San Pedro, á quien se le habia acabado el aguante.

Al oír aquella reconvenccion del santo, el predicador cayó accidentado, y las gentes echaron á huir atropellándose en la puerta y diciendo: ¡Jesus, vaya un genio que tiene San Pedro! y en tocándole á lo del gallo pierde su mercé los estribos.

## LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

Volviéndose en seguida á D. Pepito tornóle á preguntar:

—¿Se acuerda el señorito de qué día de la semana fué en el que se enamoró?

—Sí, ya me acuerdo, contestó el amante despues de pensar un rato, era sábado santo, puesto que fué en la feria de los carneros.

Frunció las cejas al oír esto la tía Blasa, y díjole:

—Carneros!... Tan engarabatado como sus cuernos está el signo de su merced: pero mayores zorras he desollado yo.

Pidióle finalmente la mano, cuyas rayas una á una examinó; concluyendo con decir de esta suerte con presuntuosa y risible gravedad:

—Difícultoso es el asunto; pero tengo esperanza de que se logre. Hoy nada puedo anunciar á su merced; pero de aquí á tres días vuelva aquí á la misma hora, y si no se admira de lo que ha de ver, no me llamaré yo la señora Blasa.

Pagóle generosamente nuestro enamorado esta esperanza, por infundada que á él mismo le pareciese, y algunos momentos despues los dos forasteros estaban en la calle, mientras la gitana concluía de mondar el poco ántes olvidado pepino.

La escena de que acababa Pepito de ser testigo, y en la cual habia hecho además el papel de protagonista, le tenia admirado y verdaderamente confuso. Dudaba por una parte del poder sobrenatural atribuido á aquella sucia gitana; pero por otra se decia á sí mismo: ¿Y qué aventuro yo en ello? ¿Tengo acaso otros medios menos extraordinarios para saber cuál es mi buena ó mala fortuna? Pues entonces, pecho al



agua; iré á aquel lúgubre casucho así que se cumpla este misterioso plazo de tres días que me ha sido designado por mi maldita bruja, y si nada consigo, este solo será un desengaño mas en la larga lista de los míos.

Por su parte Remigia alimentaba con la mejor fé las tibias ilusiones de su alumno, reanimando al propio tiempo sus casi muertas esperanzas; y aquellas palabras, unidas á las anteriores reflexiones, fueron suficientes á hacer que el mancebo anhelase ya por verse segunda vez ante la fatal alacena que al parecer encerraba su porvenir entero, y sus tristes ó halagüeños destinos.

Cumpliéronse en fin los tres días, y á la hora señalada pisaba el hijo de D. Braulio el escabroso umbral de la puerta de la gitana, no sin latirle violentamente el corazón en la incertidumbre del resultado de aquella escena.

El cuarto de la tía Blasa había sufrido en aquel corto espacio una estraña trasformacion, y nuestro héroe, al entrar en él, casi había dudado de que fuese el mismo. Veíanse colgadas á uno y otro lado dos antiquísimas cornucopias de madera, que acá y acullá descubrían pocos y sucios restos del primitivo dorado, si bien una y otra demostraban á la legua no haber sido nunca gemelas: los pedazos de espejo que ambas conservaban dejaban ver á trechos escasos restos de azogue surcados profusamente por la mano del tiempo y la incuria de los hombres; y delante de ellos, en sus correspondientes mecheros de cobre, ardian dos desiguales cabos de velas de sebo. Corría asimismo de la una á la otra pared, dejando detrás suficiente espacio, un cordel elevado á la altura de poco mas de dos varas, del cual pendia en toda su longitud una viejísima sábana llena de girones y agujeros, cuyo pardo color apenas formaba ligero contraste con los negros muros de aquella caverna. Por lo demás, las mismas telarañas, el mismo gato maltés, el mismo perro chino y la mismísima vieja bruja que tres días antes. Saludó esta al reciénvenido con aquella misteriosa gravedad que indica el desempeño de alguna funcion elevada é importante, y que no deja traducir cuáles sean las miras ó los sentimientos de la persona que la ejerce. En suma, todo anunciaba que aquel acto se iba á verificar con una solemnidad desusada, como que en él iba á decidirse el destino de un señorito rico y enamorado. La tía Blasa, comenzando en fin su papel de pitonisa, colocó un gran lebrillo en el suelo, llenóle de agua del pozo, y previno del modo mas terminante á D. Pepito tuviese los ojos fijos en aquel lebrillo, sin volverlos á otra parte alguna: hecho esto, quemó en el anafe un endiablado zahumerio, cuyo principal ingrediente era el azufre, y tomando con su mano un carbon medio apagado, trazó sobre la poco menos negra pared algunos caracteres estrambóticos, á cuya señal comenzaron á asomar por los multiplicados agujeros de la sábana, y á reflejarse por consiguiente en el agua, tal serie de caras feas, sucias y tiznadas, que no parecia sino que el infierno había dado huelga á todos sus diablos, ó por lo menos que todos los fuelles y yunques de las herrerías del barrio habían sido abandonados á la vez para que los inquietos tomasen parte en aquella festividad gitanesca. Horrorizábase nuestro cuñado mozo á cada nueva cara que veía, tanto porque en realidad eran endemoniadas, como porque el carácter sobrenatural que su ofuscada imaginación prestaba á aquella escena, hacia redoblar el espanto que le inspiraban sus horribles visajes y malisimas cataduras; hasta que al cabo, en vez de un rostro infernal como esperaba, vió reflejarse en el barreño un enorme rabo de zorro, en cuya estremidad, y á guisa de bandera, tremolaba un pañuelo blanco; un grito de alegría arrojado por la tía Blasa le sacó de su espanto, y al volver la cara, halló ya en su mano el objeto que le había llamado la atención ondeando sobre el rabo del zorro. La vieja gitana, á quien centelleaban los ojos de placer, lo entregó á D. Pepito con toda la arrogancia del triunfo y con todo el orgullo de una gran dificultad vencida. — «Tome su merced, le dijo, y haga cuenta que se lograron sus deseos todos, y que esa Rosita tan adusta y tan desdenosa es ya una malva para V. Dios los haga bien casados y les dé mas criaturas que mosquitos tuvo el rey Faraon. » Dudoso é incrédulo tomó el pañuelo nuestro héroe; cosa que le conoció al golpe tía Blasa, y así para resolver las dudas con que luchaba, continuó diciendo. — «No quiero que su merced me pague lo que he hecho por servirlo hasta que se desengañe por sus propios ojos. En este pañuelo bordado, que tiene marcadas las cuatro puntas, está toda la gracia del negocio. Vaya su merced esta tarde á la Alameda del Perejil, y haga que Doña Rosa vea el pañuelo: la señorita no dude su merced que irá sin falta á la tarde tambien. Llévela escrita una carta; pero ni la firme ni se nombre en ella: tampoco debe su merced procurar hablarle hasta que yo le avise; de lo contrario estábamos como ántes. Haga todo esto y mañana me lo dirá. »

El aturdimiento en que habían puesto á D. Pepito tales y tan estraños lances, le impidieron el hacer reflexiones sobre lo que acababa de oír. Dirigióse maquinalmente á su casa, esperó con impaciencia la hora de comer, se arrellanó en un asiento de la Alameda, y esperó una hora larga ántes que algun otro, enamorado tambien ó aburrido, se presentase á dividir con él la esclusiva posesion del paseo. Comenzó este por fin á poblarse de gentes alegres, de almiarados currutacos, de graciosas

petimetras; pero entre ellas no parecia la bella Rosita; pasa todavia media hora, y no parece: desesperábase ya, cuando hé aquí que brillante como la flor cuyo nombre lleva, se presenta á los ojos del amar-telado Pepito aquella por quien ha padecido bajo las impías garras de un tremendo animal, y por quien ha experimentado los rigores de un impuro elemento, en mala hora llovido sobre un desdenado amante: ella es; pero pasa, ni aun repara en él, ni hace alto siquiera en sus miradas y señas. Acuérdate entonces de su pañuelo, de su talisman, del que ya se había olvidado, como se olvidaba del mundo entero cuando veía á su encantadora sirena. Sácale en efecto, y al pasar á su lado Rosita, lo agita con afectacion; ella lo ve, repara un poco, comprime un grito de alegría, y dirige al hasta aquí desdichado amante una primera y halagüeña sonrisa. En esto crecia el bullicio y la confusion en la Alameda del Perejil, por efecto del gentio que acudia á disfrutar del fresco de la tarde, y merced á esta circunstancia, y á que Doña Estefanía, sabiendo la prision de Currito, vigilaba harto ménos á su hija, logra Pepito poner en sus manos un billete, segun le había preceptuado la gitana: ella lo recibe con otra sonrisa aun mas encantadora, y volviendo por fin á casa nuestro dichoso enamorado, loco de placer y de esperanzas, creyendo en brujas á pié juntillas, y cumplidamente satisfecho de la tía Blasa y de su buenaventura.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## A UNAS FLORES.

Á M...

No sin un beso mi alma agradecida

Aceptará estas flores:

Jamás de mí será desconocida

La blanda voluntad de los amores.

¡Grupo gentil, que junta un verde lazo

De rosas y jazmines,

Lleva, de la que te hizo en su regazo,

Mi beso con tu aroma, á los jardines!

¡Niña inocente, el cándido consuelo

Que amorosa me envias,

Te pague amor mezclando de su cielo

La hermosa luz, en tus hermosos días!

Si de esa luz divina un solo rayo

Reflejara en mis ojos,

A colorar su pálido desmayo,

Feliz iría, entre tus labios rojos.

Mas no rayos de amor, si tibias brasas

De una muerta amargura,

Son la luz de mis horas, bien escasas

De claridad, de vida y de ventura!

Y de tus ojos el sereno encanto

No turbe no mi pena:

¡Vuela como el amor, tú, de mi llanto,

Por tu fortuna, á la razon agena!

¡Ni sepas nunca cómo pierde el alma

Anhelos y alegría,

Ni por qué cambia el entusiasmo en calma,

Y el vivo amor en dulce simpatía!

Tu tierna primavera al lindo juego

De amor, abre la mano,

Y vierte flores... ¡Un jardín, el fuego

Aplacó ya y la sed de mi verano!

¡Afortunada niña, así tu estrella

Siempre como hoy te guía,

Si no á un amante, que tu mano bella

Solo á un poeta su jazmín envíe!

¡Tanta pureza y gracia y fiel ternura

Tu semblante divino,

Hieran de amor de ti, de tu hermosura,

Y celo den al perdidó destino!

Y no sencillas flores, don que al cielo

Ofrece la inocencia,

Robe la falsedad, fingiendo el celo

Del santo amor, para beber su esencia.

Simple como el candor, la poesia

Ama tambien las flores,

Y aun triste, nunca desconoce impia

La blanda voluntad de los amores!

Paris, abril 1850.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,  
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.